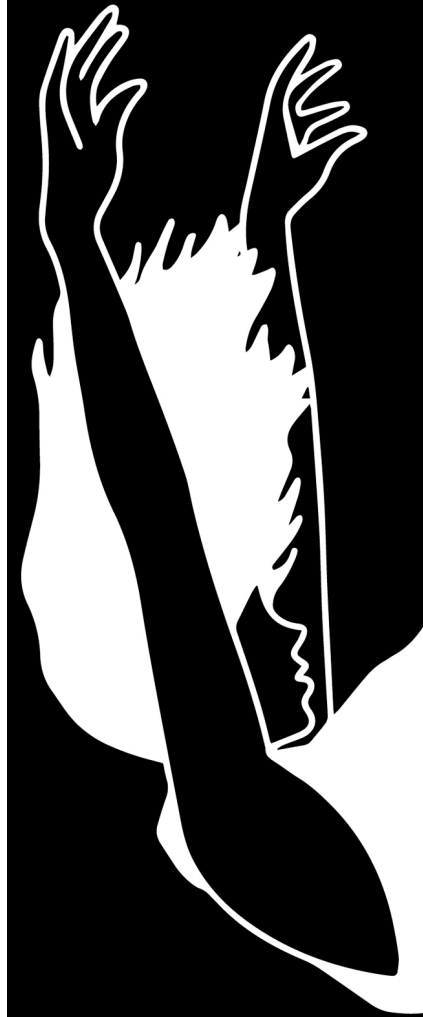


EN LA CASA DE ÍCELO



ISABEL DEL RÍO
EN LA CASA DE ÍCELO

Título: *En la casa de Ícelo*.
Primera edición: marzo 2022.

De esta edición: InLimbo Ediciones S.L.
Dirección: Manuel Arcas Castillo.
Coordinación: Ana Martínez Castillo.
www.inlimbo.es
www.facebook.com/InLimboEdiciones

Del texto: © Isabel del Río.
Diseño de la colección: Rosa Aguilera García.
Imagen de cubierta: © Pilar Lozano (@plasticocruel).
Corrección: Juan García Rodenas.
Maquetación: Rosa Aguilera García.

Impresión y encuadernación: Cofás Artes Gráficas.
www.cofassa.es

ISBN: 978-84-124281-3-1
Depósito legal: AB 58-2022
IBIC: FYB

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin previa autorización del editor.



InLimbo
Narrativa

... quizá era alguien que podía traducir la experiencia central de la visión a la vida en vigilia: alguien que servía de nexo entre las dos realidades, consideradas como iguales para los athsbeans, el tiempo del sueño y el tiempo del mundo, de los cuales las conexiones, aunque vitales, son oscuras.

El nombre del mundo es bosque, de Ursula K. LE GUIN

Al final no escribo poemas sobre Hiroshima, sino sobre un niño que se forma dedo a dedo en la oscuridad. No escribo sobre los terrores de la extinción masiva, sino sobre la desolación de la luna que ilumina un tejo en un cementerio cercano. No escribo sobre los testimonios de argelinos torturados, sino sobre lo que piensa por la noche un cirujano cansado.

Sylvia PLATH

Quería poner de manifiesto la extraordinaria riqueza y variedad de respuestas que surgen ante un mismo apuro: estar vivas.

Angela CARTER

Prefacio
El hogar de las pesadillas

Ícelo es el dios griego de las pesadillas, es la personificación de lo oscuro, aquel que nos trae la angustia y el horror durante las horas de reposo, y también los sueños proféticos que nos avisan del terrible devenir.

Toda mi vida me he dejado guiar por los sueños. Es en ese momento que la mente pone en orden las ideas, todo aquello que ha visto, incluso cuando nosotros no somos conscientes de ello, y lo reordena para ofrecernos una especie de hermoso caos en el que hemos de guiarnos por nuestra intuición para encontrar la salida del laberinto, para comprender qué nos está intentando decir.

Cuando era niña no distinguía entre un mundo y otro, el del sueño y el de la vigilia, para mí eran uno y lo mismo, solo que con distintas normas. En los sueños podía volar, por ejemplo, y en la vigilia no, por lo que empecé también a soñar despierta, de forma consciente. Algunos creen que soñar despierto es imaginar, pero va más allá; estás ahí, sentada en un banco del parque y, al mismo tiempo, estás lejos hablando con distintos personajes y recorriendo paisajes extraordinarios.

Según fui creciendo aprendí a distinguirlos, a mantener esa fina línea que algunos llaman cordura, a comprender qué se esperaba de mí en el mundo de la vigilia. Los sueños y sus

habitantes pasaron al papel y a mi fuero interior, un universo que compartía con los niños a los que cuidaba de adolescente y ahora con mi hijo, así como con vosotros, mis lectores.

Y no es que deje fuera a las pesadillas, sino que no hay que olvidar que también son sueños, que pertenecen al mismo mundo. De niña solo las distinguía por el pavor que me provocaban, puesto que algunos sueños eran hermosos, aunque, por algún motivo, también eran profundamente inquietantes, hasta el punto de despertar chillando a pleno pulmón y no poder olvidarlos con facilidad.

Parte del material para mis relatos, novelas y poemas surge del mundo onírico, tanto de sus imágenes como de los mensajes ocultos que se te graban a fuego y te condicionan sin saberlo; cosas que has percibido por el rabillo del ojo, sin fronteras entre ambos reinos.

Hace un año, tras el confinamiento que me mantuvo cuatro meses encerrada en casa con mi hijo, desperté aterrorizada y bañada en sudor frío. El desenlace de la pesadilla me mantuvo acongojada todo el día y pasé una semana con aquellas imágenes y emociones a flor de piel, hasta que me senté y las escribí.

Tras esa noche vinieron muchas más y no es algo extraño en mí, las pesadillas y terrores nocturnos son parte de mi vida desde la infancia, he aprendido a convivir con ellas e, incluso, a manejarlas, a moverme a voluntad entre sus monstruos. Pero al dejarlas fluir hasta que asomaban en palabras al exterior, comprendí que algo se estaba gestando y que los fragmentos de un cuadro, que todavía no llegaba a atisbar, se engarzaban como en una pieza de fina orfebrería.

Rebusqué entre relatos antiguos y en diarios, también surgidos de esa otra realidad que compone nuestra vida. Lentamente, algunas despertaron y reanimaron las sombras en los rincones del dormitorio, atrayéndolas al pie de la cama, susurros en la noche.

La imagen cobró fuerza, un caserón en apariencia abandonado, la morada de un dios antiguo. Es ahí, en la casa de Ícelo, donde nacieron estos cuentos, todos ellos compuestos, como una suerte de tierno monstruo de Frankenstein, por fragmentos de realidad diurna, adornados con filias y fobias, con deseos, anhelos, miedos y sueños, nutridos por las ubres turgentes de una oscuridad viva y hambrienta.

Isabel del Río
24 de junio de 2021

La dama de la luz prendida

Su reflejo le devolvía una mirada displicente y somnolienta. Alargó la mano hacia el cepillo cuando esta fue sustituida con rapidez por una de las ayudas de cámara. Ya no hacía el esfuerzo por aprenderse los nombres, cambiaban tan rápido..., una semana era una mujer corpulenta y morena y a la siguiente una cría rubia, delgada y alta como una espiga.

Todos alababan su belleza, siempre había sido su bien máspreciado, fue la niña bonita, la joven hermosa y ahora la mujer que debía guardarse como una joya, bajo llave.

La vistieron, peinaron y perfumaron. Después descorrieron las cortinas para que la luz desgarrara la penumbra reinante en el dormitorio. La dama se cubrió los ojos hasta que estos se acostumbraron al brillo del sol. Afuera lucía un día límpido y claro, de esos que se disfrutaban junto a algún arroyo, con un buen libro y las risas de los niños.

Risas y niños eran cosas de las que su belleza le había privado. A pesar de su maldición, de un útero que jamás daría nueva vida, un buen partido la había elegido como madre para sus hijos; ambos demasiado mayores para desear una madrastra que casi les igualaba en edad.

Abrieron la puerta para ella y la doncella se apresuró a encender las luces a su paso, una a una, iluminando cada rincón y la escalinata que descendía al primer piso. Todas las puertas permanecían cerradas y se abrían solo a su llegada, como debía ser.

No tenía apetito, el resplandor alegre de la mañana había nublado su humor. La joven abrió la doble puerta maciza de la biblioteca para su señora y prendió las lámparas antes de su entrada. La dama la despachó y la doncella salió con visible alivio, cerrando la puerta tras ella, con llave.

Pasó las primeras horas de la jornada desempolvando viejos volúmenes de dramas, comedias y romances, de William Shakespeare, Calderón de la Barca, Tirso de Molina... Se desplomó sobre el diván y dejó navegar su mano, desmayada, sobre el suelo de caoba. ¿Cuánto hacía desde la última vez que pisó un teatro? Su vida terminó con el compromiso, desde entonces aquella era su existencia.

Escuchó voces tras la puerta y aguzó el oído, también el olfato. El aroma de los guisos llegaba desde el comedor, donde ya debían estar sirviendo las viandas, la familia sentada alrededor de la mesa. Cuando todo estuviera preparado, solo entonces, la irían a buscar. Ella llegaría con la luz precediéndola y todos se volverían para contemplarla, preguntar cómo se sentía, si había disfrutado de la lectura. Después, haría ver que comía, daría dos tristes bocados con sabor a ceniza, un trago insípido y regresaría a sus aposentos.

Antes se negaba, deseaba compartir el café y el licor, la charla, quizá salir al jardín y disfrutar del sol en su piel, cada día más blanca y transparente, sin embargo, cedió y se acomodó a su nueva rutina, la nueva existencia dirigida por el doctor de su marido, quien aseguraba que la dama precisaba de descanso y tranquilidad.

La ayuda de cámara cerró las pesadas cortinas, no sin antes dejar sobre las mesillas dos lámparas que iluminaban la estancia. Acomodó a la señora en la cama, corrió el dosel y aseguró con llave la puerta del dormitorio. Para que no la molesten, le decían cuando preguntaba. ¿Para qué iba a querer salir antes del momento necesario? ¿Acaso no se lo daban todo? Lo que pedía, lo tenía. Así que cerró los ojos y se dejó mecer por un dolor punzante que nacía en la sien derecha, la sensación noc-

támbula del sueño no deseado, del cansancio por obligación, de la muerte en vida.

El espejo le devolvió la mirada de una joven cada día más vieja. Las venas azules le cruzaban la frente, el cuello y el pecho. El cabello lacio y dorado sobre sus hombros había perdido el brillo. La ayuda de cámara tomó uno de sus largos mechones y lo cepilló con cuidado. La dama alzó la vista y se preguntó cuándo se había ido la última doncella. Más aún, ¿cómo era posible que de nuevo fuera por la mañana?

Descendió las escaleras con las luces prendidas ante sus pasos, el interior de las estancias vedado a su presencia, el apetito difuso no terminaba por llegar y, de nuevo, acabó en el mismo diván, en idéntica postura dramática, pasando las páginas de los autores que un día hicieron latir su corazón ajado.

Así estaba, reseguía las líneas de la madera con una de sus uñas de manicura perfecta, cuando escuchó algo que desentonaba en la calma anodina y alienada de la casa. Su voz, ese retumbar armonioso, pasos seguros hacia la biblioteca y la doncella con disculpas que no llegaban a oídos del galán que corría a rescatarla.

¿Por qué está cerrado con llave?, escuchó tras un breve forcejeo con el pomo dorado. Son órdenes del doctor, para que la señora esté tranquila, tiene un horario y..., trató de explicar la nueva asistente, exaltada por el intruso. Abre, rugió él. Y la puerta se quejó cuando él la empujó e hizo su entrada en escena.

Así que aquí te escondías, dijo el hombre, bigote delicado, cabellos lustrosos y traje a medida. La señora parpadeó varias veces antes de comprender que no soñaba. Su antiguo amigo y amante estaba allí, en la biblioteca, le sonreía como siempre había hecho y la puerta estaba abierta. La doncella los miró unos segundos antes de huir hacia la cocina, donde debía estar el ama de llaves, aquella mujer enorme y oronda que llevaba más tiempo en la casa que el propio señor.

Vamos, debes acompañarme, me han dado el papel protagonista en una obra y he insistido en que, si tú no encarnas a mi amada, no aceptaría tal honor, dijo él, tendiendo la mano a la dama como si todavía fuera la hermosa joven que se dedicaba al teatro y vivía entre bambalinas; antes de que el señor de la casa la descubriera y la persiguiera con flores, vestidos y diamantes, hasta pedir su mano y robarle el corazón, la vida y la libertad.

La señora escuchó pasos en la escalera de servicio y descubrió que la puerta continuaba abierta y sin vigilancia. Tomó la mano que se le ofrecía y olvidó el cansancio impostado, la debilidad fingida, la máscara de sueño, y salió tras su antiguo amigo, con pasos ligeros que no rozaban el suelo, hacia la puerta de la calle, la salida, el exterior, la luz que hería y revivificaba.

La llevó a comer a un restaurante de moda y la lució por los paseos, antes de llegar al teatro. La señora leyó sus líneas y todos la aplaudieron. No has perdido tu llama, le dijeron, el público arderá en deseos de ser el protagonista para yacer contigo. Y ella rio y disfrutó de los halagos. Escuchó los cuchicheos en el camerino de los actores que hacían papeles secundarios, entre ellos un joven que estuvo enamorado de ella. La dama lo recordaba, cómo la había cortejado y pedido su mano, antes de que el señor apareciera. En sus recuerdos también estaban las noches de pasión con su amigo, con el que se burlaba de aquel joven que creía que algún día podría llegar siquiera a besarla. Pero la algarabía terminó y él, su antiguo amante y compañero de reparto, la devolvió a la casa, a la normalidad.

La señora cruzó el portal. Había encontrado la luz del porche encendida, la puerta abierta y la entrada iluminada. Escuchó voces en la sala de la chimenea, la misma donde estaba el piano, donde se celebraban fiestas a las que ella solo estaba invitada como un destello que los dejaba a todos anonadados,

antes de regresar a su reclusión, la misma sala donde la familia se reunía a tomar una copa tras la cena, todos menos ella.

Empujó la puerta y allí estaban. Su marido fumaba en pipa, ante el hogar, su hijastro dejó de tocar la sonata nocturna en cuanto ella cruzó el umbral y su hijastra posó el libro a medio leer sobre su regazo para contemplar a la mujer que le había arrebatado el puesto en la casa.

Le preguntaron si se sentía bien, si había disfrutado del día, si tenía hambre. La dama dijo que estaba un poco cansada y deseaba acostarse, sin cenar. Todos asintieron ante su mandato y la música recobró el protagonismo.

La señora dejó atrás el salón y entonces se escucharon las palabras de la joven heredera que, a pesar de ser apenas susurros, atronaron en las paredes de la casa con un deje de horror antiguo, como un *déjà vu* fantasmal, un recuerdo mal digerido por el tiempo, que se repetía en vértigo constante. ¿Están todas las puertas cerradas y las luces prendidas?

Abajo, en el cuarto de la plancha, la nueva doncella atendía a las directrices del ama de llaves. Ellas no se habían percatado de la llegada de la dama y la puerta permanecía entreabierta, la estrecha escalera que hasta ella llevaba continuaba a oscuras, como boca de lobo, y la rendija de luz era un faro, un breve incendio que todo lo consumía.

No le dio tiempo a gritar. La dama de llaves vio aparecer a la señora de pronto, de la oscuridad, con el rostro transfigurado en una mueca de pánico y lubricidad, de violencia obscena. Sus uñas, afiladas como cuchillos, horadaron el pecho de la mujer, que se desplomó con un sonido sordo y peso contundente, ya sin aliento.

La dama se volvió hacia la nueva ayuda de cámara. La joven se cubrió la boca con ambas manos para reprimir la repulsión del acto cometido por su señora, así como el aullido que nació en su garganta para nunca ser pronunciado, pues aquellos ojos fuera de las órbitas, la mandíbula desencajada de sonrisa hiriente, su piel de blancura lunar, se abalanzaron

sobre la doncella, segando su vida, deteniendo su corazón,
devorando su libertad.

El alma de las cosas

Dicen que los objetos tienen memoria. No solo eso, sino que a veces hay quien se aferra tan fuerte a uno que, cuando muere, su espíritu, su recuerdo, no se puede separar de él y de lo que este significaba para él en vida.

Nunca fui demasiado crédula, sin embargo, me gustaban esas historias que te hacen vigilar sobre tu hombro en la oscuridad cada movimiento de puerta o susurro en la noche. Era una especie de coleccionista y me pasaba los ratos libres indagando, no en libros ni en internet, sino yendo a la fuente del relato, a las personas que podían explicármelo de viva voz, que lo habían experimentado o presenciado, cercanos al supuesto suceso paranormal.

En una ocasión conocí a una mujer que, por azares del destino, invitada a comer a casa de una amiga, presencié algo así como un exorcismo. La señora en cuestión me contó que una mujer, compañera de trabajo de aquella que la había invitado a la comida, compró un colgante de cristal en una tienda de segunda mano. Les explicó que le había llamado la atención desde el escaparate y no dudó un segundo en entrar y preguntar el precio. Desde que se ató la cadena alrededor del cuello todo se empezó a torcer. Primero fueron las pesadillas, después los problemas de salud, perdió el trabajo y, por algún motivo, su hijo la rehuía. Pero no fue hasta aquel día que supo que el colgante era el responsable. Por consejo de la amiga en común, quien las había invitado a comer a ambas, llamaron

a alguien que sabía ver más allá para averiguar qué era lo que marchaba mal. Y esa hechicera, chamana, curandera, como la queramos llamar, describió a una anciana que se agarraba a su espalda, de ahí los dolores que la atormentaban, y le aseguró que todo era culpa del colgante. Después de un largo ritual que la narradora no quiso detallar, por consejo de la bruja, la mujer se libró del objeto, lo enterró en el monte y todo pasó.

En otra ocasión, fue un familiar lejano de luto quien me habló de una gran desgracia. Me contó que, hacía muchos años, un hombre le regaló a su madre un cucharón antiguo de plata. A la mujer le encantaba cocinar y preparó sopa para toda la familia. Todos sufrieron un envenenamiento que, en el caso del hijo, resultó en su defunción. La mujer no sabía cómo había confundido la sal con un limpiador en polvo para las manchas de grasa. No volvió a usar el cucharón, aunque años después lo heredó su nieta quien, al preparar una celebración para sus amigos, repitió la confusión, esta vez con el mata-ratas que estaban utilizando para eliminar la plaga de la vieja casa donde se habían mudado. Todos sucumbieron aquel mediodía. El primo del narrador de esta historia estaba en aquella comida. Nadie sabe dónde terminó el objeto maldito. Tiempo después, un amigo común conectó el objeto, que aparecía en algunas fotografías, con una asesina de la época victoriana que eliminaba a sus amantes con veneno.

Otra historia hablaba de un instrumento musical, un timble canario, creo, que un hombre compró para su mujer en un rastro durante el verano. Ella quiso aprender a tocarlo. Al principio era una afición como cualquier otra, hasta que la obsesión empezó a arrebatarle el apetito, el sueño y al final la salud. Pese a que trataron de separarla del instrumento e, incluso, lo llegaron a quemar, la mujer ya había sido infectada por la larva de aquel recuerdo que pervivía en él, sus dedos marcaban acordes y rascaban cuerdas, su cabeza se movía siguiendo el ritmo de una música que solo ella escuchaba. La internaron en un centro psiquiátrico, la alimentaron vía sonda

y la ataron a la cama, pero nada funcionó. La mujer murió meciéndose al son de una melodía fantasmal. Fue la hija de la pareja, ya anciana, quien me narró la historia mientras grababa su voz con el móvil.

Como he dicho al principio, nunca he sido crédula, sin embargo, sí me fascinaban esas historias, hasta que fui testigo de una.

No estoy segura de cómo me encontró. Fue ella, a quien llamaré Gloria, por mantener su anonimato, quien me vino a buscar a la pequeña librería de viejo donde trabajaba en aquella época.

Quien se ha dedicado muchos años a trabajar en comercios pequeños se pone alerta en cuanto ve a alguien que le rehúye, que le mira cuando cree que no es visto, que lo toquetea todo sin dirigirse a nada en concreto. En una librería de viejo, lo de rebusar ya es normal, pero ella iba perdida, miraba sin saber qué tenía entre las manos porque en realidad no le interesaban los libros y buscaba otra cosa. Así que tomé el plumero, preparado bajo el mostrador para esos casos, y empecé a sacar lustre a las estanterías y pilas de tomos, mientras me paseaba a su alrededor para vigilarla mejor.

Cuando ya llevaba un cuarto de hora con aquel juegucito y la librería dañaba la vista por lo limpia que estaba, ella se volvió, como si hubiera encontrado el valor en algún rincón perdido entre la «o» y la «r», y me preguntó:

—¿Eres Lucía?

Asentí y relajé mi vigilancia, creyendo que buscaba algún título en concreto y un cliente le había hablado de mí.

—Mi nombre es Gloria —se presentó—, y necesito que vea una cosa que tengo en casa.

Normalmente no hacía ese tipo de servicios, es decir, ir a casa de alguien para evaluar una colección, pero había ocasiones en que se trataba de una biblioteca heredada, por ejemplo, o de volúmenes muy antiguos que era peligroso llevar de un lugar a otro, y entonces lo hacía con mucho gusto, así que, sin

preguntar demasiado y viendo su urgencia, agendamos día y hora y anoté su dirección.

—Muchísimas gracias —dijo ella tomándome de las manos y apretándolas con fuerza antes de salir como si alguien la persiguiera.

Dos días después, cerré un poco antes al mediodía para presentarme en la dirección que me había dado Gloria. No sabía qué me esperaba, aquella puerta añeja y desconchada se me hacía extraña en medio de la ciudad, pese a que aquel barrio todavía conservaba algunas casas de una planta, antiguas, con patio delantero protegido por un muro que las aislaba de la calle.

Llamé a la puerta y esta se abrió sola, al otro lado me recibió la oscuridad inhóspita de un pasillo sin iluminación. Di un paso atrás y comprobé la dirección. Sin duda era allí. Imaginé que sería una vivienda antigua, de alguien muy mayor, y que Gloria estaría intentando vender lo que hubiera aprovechable. Quién sabe, quizá me encontrara con una colección de incunables.

Hice de tripas corazón y me dejé engullir por aquella nocturnidad impostada. El túnel seguía unos metros hasta girar a la derecha, de ahí la oscuridad, pues acto seguido llegué a una especie de porche que desembocaba en un patio que olía a flores y humedad. Los árboles eran altos y frondosos, con dos higueras de las que colgaban frutos todavía verdes, y flores silvestres y rosales bordeando el camino de piedra hasta otra puerta, esta en mejor estado, con una campanilla dorada como timbre.

Desde allí, si miraba hacia arriba, entre el follaje, podía ver las ventanas, todas cerradas y de cristales coloreados. Accioné la campanilla y escuché movimiento al otro lado. Susurros y puertas que se cerraban en varias direcciones. Gloria abrió contrariada, aunque al reconocerme me tomó de la mano con energía.

—Lucía, ¡qué alegría que hayas venido! —exclamó como si no me esperara—. Pasa, pasa —dijo tirando de mí hacia el interior.

Por dentro, la casa era cálida, acogedora. Aquella debía de ser la puerta trasera, pues había unas botas de agua a un lado y una regadera. Colgados conté tres chubasqueros de distintos tamaños, dos de ellos de talla infantil.

Seguí a Gloria por el pasillo alfombrado, con una escalera que subía a la izquierda y dos puertas a la derecha, hasta la que debía ser la puerta principal, más moderna y acristalada, con paraguero y perchero, repleto de colores amontonados, y a una gran cocina-comedor donde se debía hacer vida, pues había un portátil abierto sobre la isla central y algunos cochecitos esparcidos por el suelo, en un rincón.

—Aquí está —dijo entonces.

Yo miré a nuestro alrededor algo confundida, pues no había ni un solo libro en aquella estancia, y después me giré hacia mi interlocutora para seguir la dirección de su dedo. Me señalaba la mesa, grande, de madera barnizada, de una sola pieza. Podía ver con claridad las vetas de la madera, aunque no determinar el tipo, pues aquel tono se me escapaba, a menos que la hubieran tintado. Era una gran pieza, sin duda, pero no entendí a qué se refería Gloria.

Ante mi estupefacción, ella volvió a señalar.

—Es esta —dijo—, la encontré en un mercado de muebles antiguos, me sentí fascinada por ella en cuanto la vi y, pese a que en aquel momento no me la podía permitir, pedí un préstamo a un amigo para comprármela.

—Creo que ha habido una confusión —expliqué entonces—. Yo taso colecciones de libros antiguos, no muebles.

Me encogí de hombros e hice ademán de ir hacia la puerta de entrada cuando ella me tomó del brazo.

—No, por favor, no lo entiendes, esta mesa está embrujada.

Me volví de nuevo hacia la cocina. Ahora veía el mueble con otros ojos. Había escuchado muchas historias, sin embar-

go, nunca había podido ver o tocar el objeto en sí, percibir el espíritu que pervivía en su materia inerte.

—¿Por qué lo dices? —pregunté aproximándome con precaución.

—Desde que la trajeron, empezaron a suceder cosas —susurró.

—¿Qué clase de cosas? —insistí, cada vez más entusiasmada, deseosa de escuchar el relato.

—Al principio, buenas —dijo con la boca pequeña—. Me dedico a la artesanía floral y recibí muchos encargos..., trabajaba sobre la mesa y las composiciones, bueno, no sabría decirlo, eran magníficas, esa armonía de color y aroma y... Nunca había creado algo parecido hasta que ella llegó.

Me llamó la atención la personificación del objeto que Gloria había utilizado sin darse cuenta. Paseé alrededor de la mesa, observando sus líneas y ángulos. Más allá de su talla y tonalidad, no veía nada especial en el mueble.

—Después todo se empezó a torcer. No dormía una noche entera porque caminaba sonámbula por la casa y pronto mis hijos empezaron a hacer lo mismo. Despertábamos aquí, sentados a la mesa, como si esperáramos a alguien.

La ropa infantil, los susurros y portazos al llegar eran por sus hijos, que se habían visto envueltos en aquella historia de fantasmas.

—No me crees... —musitó entonces.

—¿Cómo dices?

—Lo veo en tus ojos, no crees nada de lo que te digo, piensas que estoy loca —sus manos se crisparon con aquellas palabras—. Me dijeron que eras experta en estos temas, pensaba que me podrías ayudar.

Gloria se cubrió la cara con las manos y empezó a llorar con desesperación.

—No es que no te crea —mentí tratando de calmarla—. No puedo dar por sentado algo solo porque me lo cuentan. Es extraño que una familia entera sufra episodios de

sonambulismo, claro que el estrés nos hace comportarnos de formas muy extrañas. ¿Ha pasado algo más?

Ella asintió y se secó las lágrimas con un pañuelo que guardaba en el bolsillo.

—Empezamos a tener sueños terribles. No recordábamos bien qué sucedía, todos soñábamos con la mesa, gritos, oscuridad y sangre.

—¿Los niños también?

—Sí, los tres. Yo no les conté nada, pero ellos despertaban en medio de la noche, llamándome a gritos. Ambos soñaban lo mismo, igual que yo. Durante la noche, la luz permanecía encendida.

—Entiendo. ¿Y por qué no te has deshecho de la mesa?

Me parecía la opción más lógica, pese a no comprender cómo un mueble podía causar sonambulismo y terrores nocturnos, o motivar a la creación de centros florales únicos.

—Lo intenté... Siempre pasaba algo y nunca podían venir a por ella. Las cosas empeoraron y, al final, sucedió... Ahora ya no podría alejarme de ella. No puedo.

Su rostro se había desencajado, la palidez era tal que casi parecía una máscara. La ayudé a sentarse y le serví un vaso de agua del grifo.

—¿Te encuentras mejor? —pregunté.

Aquella mujer sufría una crisis nerviosa y tenía dos niños a su cargo. Sin duda había que buscar ayuda, aunque no sabía cómo proceder y me pregunté si los pequeños estarían bien, puesto que los había oído al llegar, pero desde entonces no había escuchado un solo ruido en toda la casa.

—Sigues sin creerme —susurró entonces.

Su movimiento fue tan rápido que no lo pude esquivar. De un bolsillo del delantal había sacado un cuchillo pequeño, una puntilla, y con un movimiento rápido y certero me cortó la palma de la mano y la apretó contra la madera de la mesa.

—Ahora lo verás.

Aterrada, temiendo que pudiera clavarme el filo, reculé con

la mirada puesta tras ella, al pasillo, a la puerta de entrada.

—Mira, ¡mira! —gritó.

La mancha de sangre desaparecía. Era absorbida por la madera como si la succionara.

—¡Qué es esto! —exclamé.

—Ella da y también toma a cambio. Debes ayudarme.

Gloria se abalanzó sobre mí y yo la empujé contra la isla central, se golpeó la cabeza y cayó al suelo inconsciente. Corrí hacia la puerta, aprovechando el momento. Entonces pensé en los niños, ¡no podía dejarlos allí con aquella perturbada!

Subí las escaleras a toda prisa. En aquella planta había tres puertas; la primera estaba abierta, un dormitorio con cama de matrimonio que debía ser la habitación de Gloria. Abrí la segunda, que daba a un cuarto de baño. Cuando acerqué la mano a la tercera escuché risas y pasos en la planta baja.

—Niños, vuestra mamá está bien, pero hemos de ir a buscar ayuda —dije asomándome por el hueco de la escalera.

Bajé los primeros escalones. Allí las puertas estaban cerradas y la mujer seguía tendida en el suelo. Tras la primera había un pequeño salón con televisión y en la segunda una especie de taller.

—¿Niños? Por favor, ¡hemos de ir a buscar ayuda! —grité.

Saqué el teléfono, por alguna razón no había cobertura. De nuevo subí al piso de arriba. Giré el pomo de la última puerta y escuché aquellos ruidos en la planta baja, como de pies menudos que corren rápido, persiguiéndose. El olor fue lo primero que me chocó, a flores de velatorio. Un olor dulce y cargado. El interruptor no funcionaba y la habitación estaba en completa oscuridad. Hacía frío, como en una nevera de supermercado, y un zumbido constante procedía de un rincón, entre las plantas. La iluminación del pasillo solo alcanzaba para dibujar contornos: dos camas, un armario, flores por todas partes. Caminé a tientas hasta dar con las cortinas, gruesas y pesadas.

La luz invadió cada rincón, repleto de centros ornamentales y flores nocturnas. En las camas había sendos muñecos de paja, vestidos con ropas de niño y de niña.

Debía huir de aquella casa de locos. Bajé precipitadamente las escaleras. Gloria ya no estaba allí y la mancha de la mesa había desaparecido por completo. Los pasos menudos corrían por el piso de arriba y tras de mí en cuanto me volvía.

La puerta principal estaba cerrada con llave y me apresuré hacia la trasera, al jardín. Casi había alcanzado el pasillo al exterior cuando escuché su voz.

—Encontré al dueño original. Ya era tarde.

Gloria estaba de rodillas con las manos hundidas en la tierra, bajo una de las higueras. Me fijé en dos pequeños montículos rodeados por rosales que me habían pasado desapercibidos al entrar.

—Cuando se detuvieron las pesadillas, empezaron los ataques de ira. No eran seguidos, sí explosivos y sin motivo alguno. Me enfadaba tanto... Fui al médico y me recetaron pastillas para dormir y para la ansiedad. Todo se calmó. Pensé que había sido yo, ¿sabes? Que yo había agobiado con mis problemas a mis hijos. Tuvimos dos meses de tranquilidad.

La voz se le quebró y el llanto se apoderó de ella.

—No quería hacerte daño, solo que lo vieras... Ella está viva y pedía dolor, reclamaba sangre. Dejé de percibirla por la medicación y los niños...

Me aproximé a Gloria con cautela. Se la veía indefensa, hundida.

—Una noche escuché risas y susurros en la cocina. No eran horas para que estuvieran jugando y, con la medicación, no sé muy bien cómo me desperté, pues caía y no volvía en mí hasta que ya clareaba.

Acarició con ternura las hojas de uno de los rosales.

—Los niños reían en la cocina. El pequeño, sobre la mesa, jugueteaba con algo que parecían salchichas, la mayor cortaba algo con esfuerzo. Cuando encendí la luz... ¡Dios mío!